

LITERATURA, RELIGIÓN Y POLÍTICA EN LA FRANCIA DEL SIGLO XIX: PROSPER MÉRIMÉE

POR

ESTANISLAO CANTERO

Prosper Mérimée (1803-1870), nació en París en el seno de una familia de larga tradición burguesa, económicamente acomodada y bien relacionada. Su padre, pintor de cierto talento, que desde 1807 fue secretario permanente de la Escuela de Bellas Artes y que en 1820 fue nombrado Caballero de la Legión de honor, era indiferente en materia de religión (1). Su madre, que era atea y volteriana, a la hora de la muerte rechazó la asistencia religiosa (2), lo que, según Viel Castel, Mérimée alabó (3). Si se ha de creerle, no fue bautizado (4), hecho del que presumía (5) y no recibió ningún tipo de educación religiosa (6). Como indicó Trahard, su madre le transmitió el ateísmo, el materialismo y “la negación de lo divino” e “hizo de su hijo un volteriano” (7). Hijo único y niño mimado, sufría,

(1) A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, Charles Scribner's Sons, New York, 1970, pág. 16.

(2) Xavier DARCOS, *Prosper Mérimée*, La Table Ronde, París, 2004, págs. 15 y 327; Robert BASCHET, *Du romantisme au Second Empire. Mérimée (1803-1870)*, Nouvelles Editions Latines, París, 1958, pág. 166.

(3) Horace de VIEL CASTEL, *Mémoires sur le règne de Napoléon III (1851-1864)*, prólogo de L. Léouzon Le Duc, París, 1883, tomo II, pág. 205.

(4) De entre los autores que he consultado, sólo Mirecourt dijo que fue bautizado –probablemente sin suficiente documentación–, y que lo fue en la iglesia de Saint Germain des Prés, el 28 de septiembre de 1803, el día de su nacimiento (Eugene de MIRECOURT, *Mérimée*, Gustave Havard, París, 1859, pág. 5).

(5) Pierre TRAHARD, *La jeunesse de Prosper Mérimée (1803-1834)*, Librairie Ancienne Édouard Champion, París. 1925, tomo I, pág. 9.

(6) X. DARCOS, *Prosper Mérimée*, ed. cit., págs. 15.

(7) P. TRAHARD, *La jeunesse de Prosper Mérimée*, ed. cit., tomo I, págs. 6-7.

como dijo Freustié, no sin cierto eufemismo, “una especie de imposibilidad para salir de sí mismo” (8).

Mérimée creció en un ambiente escolar aristocrático y burgués, propio del Liceo Imperial Napoleón, posteriormente denominado Colegio Enrique IV durante la Restauración, donde estudió desde los ocho años hasta los diecisiete (9). En 1823 obtuvo la licenciatura en derecho en la universidad de París, aunque nunca ejercería la abogacía, viviendo de los recursos paternos y, más adelante, de su sueldo como funcionario y de los ingresos proporcionados por su pluma, lo que le permitió dejar una buena fortuna al fallecer. Nunca llegó a abandonar la postura de desprecio por todo lo burgués, propia de buena parte del romanticismo, sin que ello le impidiera vivir como un burgués, lo que fue acentuándose con el paso del tiempo y con su ascenso en la vida social parisina.

Desde muy joven se despierta su afición a la literatura y escribe teatro, poesía y novela. Aún no había cumplido veintidós años cuando en mayo de 1825, bajo el pseudónimo de una supuesta actriz española, publica el *Théâtre de Clara Gazul*, donde reúne seis comedias leídas durante los meses de marzo y abril en el salón del pintor Étienne Delécluze, uno de los círculos del romanticismo liberal de aquellos años. Su afición al teatro será pronto abandonada, tras publicar en 1828 el drama *La famille Carvajal* y añadir a *Clara Gazul*, el año siguiente, el sainete *La Carrosse du Saint-Sacrement* y la comedia *L'ocassion*. En 1827 aparece, también bajo pseudónimo, esta vez la de un supuesto bardo, Hyacinthe Maglanovich, *La Guzla*, su única incursión en la poesía, obra presentada como un conjunto de baladas serbio bosnio croatas, traducidas al francés. En 1828 Mérimée añade una doble incursión en la ficción histórica con un drama y una novela histórica, *La jacquerie* y *La chronique du règne de Charles IX*. Desde entonces se dedicará a la *nouvelle*.

Anglófilo desde su juventud, políglota —en lo que no parecía francés, pues además de latín y griego, sabía, al menos, inglés, español, italiano, y ruso—, introductor de la literatura rusa en Francia

(8) Jean FREUSTIE, *Prosper Mérimée (1803-1870). Le nerveux hautain*, Hachette, 1982, pág. 11.

(9) P. TRAHARD, *La jeunesse de Prosper Mérimée*, ed. cit., tomo I, págs. 22, 14, 52.

mediante sus traducciones de Gogol, Pushkin y Turguéniev, además de literato, Mérimée, fue crítico de arte y de literatura, filólogo y, desde su nombramiento de Inspector General de Monumentos Históricos, se dedicó a la arqueología, fruto de cuya actividad fueron sus cuatro volúmenes de *Notas de viaje* (10), un *Essai sur l'Architecture religieuse* (1837) y múltiples informes sobre su actividad. También se dedicó a los estudios históricos sobre Roma (11), España (12) y Rusia (13). Si su *Vida de César* no llegó a ver la luz quizás fue debido a que la *Histoire de Jules César* (14) de Napoleón III le debía demasiado o a que ésta no resistía la comparación con aquella. O a todo lo contrario. De hecho, en varias de sus cartas muestra su sorpresa por la gran erudición mostrada (15), aunque a Panizzi le dirá: “el gran defecto del libro, en mi opinión, es que se diría que el autor se coloca frente a un espejo para hacer el retrato de su héroe” (16).

Mérimée fue un consumado juerguista, frecuentador de burdeles y asiduo de orgías –en compañía de amigos como el inglés Sutton Sharpe, el barón de Mareste, Musset, el conde de Viel Castel o Delacroix–, perseguidor de chicas alegres hasta bien entrada la edad madura (17). Consideraba a la mujer, como ha observado Darcos, “sobre todo, como objeto de deseo” (18), pues como diría Morel, la mayoría de las mujeres, no eran, para Merimée, más que

(10) Prosper MÉRIMÉE, *Notes d'un voyage dans le Midi de la France* (1835), *Notes d'un voyage dans l'Ouest de la France* (1836), *Notes d'un voyage en Auvergne* (1838) y *Notes d'un voyage en Corse* (1840).

(11) P. MÉRIMÉE, *Essai sur la guerre sociale* (1841), *Conjuration de Catilina* (1844).

(12) P. MÉRIMÉE, *Histoire de Don Pédre 1er roi de Castille* (1847-1848).

(13) P. MÉRIMÉE, *Épisode de l'histoire de Russie. Les faux Démétrius* (1852).

(14) Dos tomos, Plon, Paris, 1865 y 1866.

(15) P. MÉRIMÉE, Cartas a Lise Przewdziecka, a Victor Cousin, a la Princesa Julie y a Ivan Turguéniev, de 11, 15, 15 y 21 de marzo de 1865, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, Privat, Toulouse, 1958, págs. 372, 378, 380 y 394.

(16) P. MÉRIMÉE, «Carta a Panizzi, de 13 de abril de 1865», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 405.

(17) X. DARCOS, *Prosper Mérimée*, ed. cit., págs. 126, 127, 154, 229, 243, 250 y *passim*.; J. FREUSTIE, *Prosper Mérimée (1803-1870). Le nerveux hautain*, ed. cit., págs., 52, 70; Robert BASCHET, *Du romantisme au Second Empire. Mérimée (1803-1870)*, ed. cit., pág. 196.

(18) X. DARCOS, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 238.

objetos (19). Quizá a esa singular percepción se deba su atracción por la “mujer fatal” en su literatura (20), y que “en toda su obra de novelista no se encuentra ninguna buena mujer”, tal como indicó Filon (21), al tiempo que su actitud negativa hacia el matrimonio tanto en su vida como en su obra (22).

Sus amantes más conocidas (23), al margen de una brevísima relación con George Sand en una noche fracasada (24), fueron: Émilie Lacoste, lo que motivaría que su marido se batiera en duelo con Mérimée, resultando éste herido en el brazo; Merimée, excelente tirador, se negó a disparar (25). Alberte de Rubempré («Mme. Azur», como la denominaba Stendhal), que todavía no se había separado de su marido, era entonces amante del gran amigo de Mérimée, Stendhal (26), después de haber sido amante de Delacroix (27) y acabaría siendo la amante del barón de Mareste durante más de tres décadas (28). Céline Cayot, que también brindaba su favor a otros amantes (29).

Entre todas sus amantes destaca, sobre todo, Valentine Laborde, hija del arqueólogo amigo de Mérimée, casada con el Prefecto de policía Gabriel Delessert. Valentine Delessert, le proporcionó la relación más duradera, pues se prolongó durante diecio-

(19) Elisabeth MOREL, *Prosper Mérimée. L'amour des pierres*, Hachette, París, 1988, pág. 45.

(20) Frank Paul BOWMAN, *Prosper Mérimée. Heroism, Pessimism and Irony*, University of California Press Berkeley and Los Angeles, 1962, págs. 55-57.

(21) Augustin FILON, *Mérimée et se amis*, Librairie Hachette et Cie., París, 1894, pág. 66.

(22) F. P. BOWMAN, *Prosper Mérimée. Heroism, Pessimism and Irony*, ed. cit., págs. 52-53.

(23) Según Baschet, su amiga desde su juventud hasta el final de su vida, Fanny Lagden fue su primera amante (R. BASCHET, *Du romantisme au...*, ed. cit, pág. 17). Raitt, siguiendo a Connes y a Trahard, lo da como probable (A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., págs. 22-23).

(24) A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., págs. 105-109.

(25) E. MOREL, *Prosper Mérimée...*, ed. cit., pág. 43; R. BASCHET, *Du Romantisme au...*, ed. cit., págs. 51-52.

(26) X. DARCOS, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 55.

(27) E. MOREL, *Prosper Mérimée...*, ed. cit., pág. 44.

(28) Henri MARTINEAU, *Le coeur de Stendhal* (1953), Albin Michel, París, 1983, tomo II, págs. 162 y 168 ; Michel CROUZET, *Stendhal ou monsieur moi-même*, Flammarion, París, 1999, págs. 460-464.

(29) X. DARCOS, *Prosper Mérimée*, ed. cit., págs. 129, 238, 239 y *passim*.

cho años, aunque no fue esa la única relación durante ese tiempo, y a pesar de que ella le engañara con Charles de Remusat (30), lo que Mérimée sabía, y con Máxime Du Camp, lo que ignoraba, y por el que terminaría abandonándole (31). Este abandono constituyó para Mérimée un duro golpe del que tardaría mucho en recuperarse. Así, todavía cinco años después de que se produjera la ruptura, decía –y no sería la última vez–, que “después de haber admirado lo que creía un diamante me di cuenta de que era un pedazo de cristal” (32). Reproche absurdo en quien llevaba una vida de libertinaje en la que los amigos compartían las amantes o pasaban de unos a otros. ¿Sería porque, pese a todo, se consideraba diferente y superior a los demás?

Su “anticlericalismo fundamental”, su “moral epicúrea” y su “ateísmo burlón”, probablemente llevaron a este “volteriano de corazón y de espíritu” (33) a mantener “una actitud puramente negativa enfrente del problema religioso” (34). Muy pronto adquirió merecida fama por tal comportamiento, hasta el punto que, cuando se disponía a viajar a España por primera vez, en 1830, expresó su temor de que se le negara la entrada por su reputación de “liberal y ateo” (35).

Al terminar sus estudios de colegio se sumergió, durante algunos meses en la lectura de ciencias ocultas y de magia y, por algún tiempo, practicó la magia y el espiritismo, aunque dejó pronto de creer en ello (36), si es que no se había tratado de un mero entrete-

(30) Marquis de LUPPE, *Mérimée*, Albin Michel, París, 1945, pág. 142; X. DAR-COS, *Prosper Mérimée*, ed. cit., págs. 55, 241, 242 y *passim*.

(31) Algún autor ha sostenido que su relación con Jenny Dacquín no sólo fue de amistad, sino que también fue su amante (J. FREUSTIE, *Prosper Mérimée...*, ed. cit., pág. 48). También lo había afirmado Billy (André BILLY, *Mérimée*, Flammarion, París, 1959, pág. 84).

(32) Prosper MÉRIMÉE, “Carta a la Marquesa de La Rochejaquelein, de 27 de julio de 1859”, en *Correspondance Générale*, edición y notas de Maurice Parturier, Edouard Privat, París, 1955, Deuxième série, tome troisième, pág. 194.

(33) E. MOREL, *Prosper Mérimée...*, ed. cit., págs. 25, 54 y 136.

(34) Marcelino MENENDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, CSIC, Madrid, 1993, tomo II, pág. 876.

(35) Marquis de LUPPE, *Mérimée*, ed. cit., pág. 48.

(36) Prosper MÉRIMÉE, “Carta a la Marquesa de La Rochejaquelein, de 18 de marzo de 1859”, en *Correspondance Générale*, edición y notas de Maurice Parturier, Edouard Privat, París, 1955, 2ª Serie, tomo III, pág. 76.

nimiento, como indicó en otra ocasión (37). Después de profesar ideas liberales terminaría en un conservadurismo anticlerical. Ateo durante toda su vida, sorprendió a todos al declararse protestante en su testamento (38), otorgado el año anterior a su muerte (39), si bien algunos autores, como Jossierand (40), Lyon (41) o Smith (42), consideran que no se trató de una conversión a la religión reformada, sino de un gesto de afecto hacia las dos amigas inglesas que le cuidaron hasta el final. En todo caso, desconociendo cuales fueron sus intenciones, es el hecho el que permanece.

Mérimée fue de aquellos escritores que en su obra se dedicaron a desprestigiar al sacerdote y a la religión practicada por los “devotos”. Así, sus frailes incrédulos, hipócritas, libidinosos y hasta asesinos: los inquisidores, Antonio, Rafael y Domingo de *Une femme est un diable* (1825), obra escrita, en opinión de Smith, para herir la sensibilidad religiosa de la reacción conservadora bajo Carlos X (43). El también inquisidor, el dominico Fray Bartolomé, de *Le ciel et l'enfer* (1825), vividor y carente de escrúpulos, que consigue que la dama denuncie, por celos, a su amante y que muere asesinado por una arrepentida doña Urraca que, de ese modo, logra que su amante huya con el hábito del que han despojado al monje. Esta obra es, además, una burla del sacramento de la confesión y de los preceptos de la Iglesia, en la que el sacerdote concluye que su penitente no ha infringido el precepto de abstinencia porque la mosca que, inadvertidamente, se tragó, era pequeña. Fray Eugenio de *L'occasion*

(37) P. MÉRIMÉE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de 28 de noviembre de 1856”, en *Correspondance Générale*, edición y notas de Maurice Parturier, Deuxième série, tomo deuxième, 1856-1858, Privat, Toulouse, 1955, pág. 183.

(38) Se lo había anunciado unos años antes a Viollet-Le-Duc (P. MÉRIMÉE, “Carta a Viollet-Le-Duc, de 1 de enero de 1865”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 315.

(39) Fechado el 30 de mayo de 1869, lo reproduce Albert FOURNIER, “Ceci est mon testament”, *Europe*, año 53, núm. 557, septiembre 1975, págs. 142-144.

(40) Pierre JOSSEIRAND, “Introduction” a P. MÉRIMÉE, *Carmen et treize autres nouvelles*, edición, introducción y notas de Pierre Jossierand, Gallimard (Folio classique), Bussière à Saint-Armand, 2007, pág. 20.

(41) Sylvia LYON, *The life and times of Prosper Mérimée*, Dial Press, New York, 1948, pág. 313.

(42) Maxwell A. SMITH, *Prosper Mérimée*, Twayne Publishers Inc, New York, 1972, pág. 164.

(43) M. A. SMITH, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 33.

(1829) dominado por la lujuria (44). En el conjunto de *Théâtre de Clara Gazul* (1825), se muestra su “antipatía hacia el catolicismo”, su “pasión antirreligiosa”, la herencia de los prejuicios antirreligiosos de los enciclopedistas que “se agrava con el sarcasmo” (45).

En *La Jacquerie* (1828), obra en la que pintó al clero opresor, avaro y cínico (46), los monjes explotan la creencia de los campesinos con falsos milagros (47) y el fraile Jean se pone al frente de la sublevación campesina por venganza, despechado por no haber sido elegido abad (48). En la *Chronique du règne de Charles IX* (1829), novela histórica ambientada en la matanza de la noche de San Bartolomé, el franciscano Lubin –que en modo alguno representa al tipo de predicador de entonces (49)–, se regocija cuando, bromeando, se le atribuye el pecado de lujuria y, por una apuesta, empieza su sermón con tres juramentos que disfraza con el nombre de Cristo (50). Su héroe morirá rechazando todo auxilio espiritual, tanto el del sacerdote católico como el del pastor protestante (51).

En *Histoire de Rondino* (1830), es el sacerdote el que entrega a la justicia al bondadoso bandolero (52). La incredulidad se muestra burlona en *Federigo* (1829), que es una burla de la Salvación, en la que el protagonista de la historia termina salvándose mediante el engaño, a la muerte y al demonio, y la compasión de Cristo, aunque sin arrepentimiento alguno (53). De *La Carrosse du Saint-*

(44) Prosper MÉRIMÉE, *Une femme est un diable, L'occasion, Le ciel et l'enfer*, en *Théâtre de Clara Gazul* (introducción y cronología de Pierre Salomon), Garnier-Flammarion, París, 1968, págs. 137-148, 239-240 y 255-285.

(45) P. TRAHARD, *La jeunesse de Prosper Mérimée*, ed. cit., tomo I, págs. 191, 215, 191.

(46) P. MÉRIMÉE, *Théâtre de Clara Gazul, La Jacquerie. Scènes Féodales, La Famille Carvajal*, Charpentier, París, 1842, págs. 266-271.

(47) P. MÉRIMÉE, *La Jacquerie*, ed. cit., pág. 269.

(48) P. MÉRIMÉE, *La Jacquerie*, ed. cit., pág. 316

(49) Esa fue la errónea apreciación de Maigron (Louis MAIGRON, *Le roman historique a l'époque romantique. Essai sur l'influence de Walter Scott*, Nueva edición, Librairie Ancienne Honoré Champion, París, 1912, pág. 169).

(50) P. MÉRIMÉE, *Chronique du règne de Charles IX*, edición, introducción y notas de Pierre Josserand, Gallimard (Folio classique), Manchecourt, 2005, págs. 112 y 113.

(51) P. MÉRIMÉE, *Chronique du règne de Charles IX*, ed. cit., págs. 327-333.

(52) P. MÉRIMÉE, *Histoire de Rondino*, en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., pág. 438.

(53) P. MÉRIMÉE, *Federigo*, en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., págs. 321-333.

Sacrement (1829), cuando en 1848 se negó a que fuera representada, dijo su autor, que en aquel momento no era oportuna una obra “que se burlaba de los virreyes y de los obispos” (54).

Su percepción de que el renacimiento católico que se apreciaba en aquellos años era pura hipocresía se refleja en *Arsène Guillot* (1844), en la que la virtud de la piadosa señora de Piennes, sucumbe ante la pasión en las últimas páginas, revelando que no era más que un mero artificio sin ningún fondo verdadero (55). En la carta que escribió a la Condesa de Montijo en la que le dice que esta obra había causado un “gran escándalo” y había sido calificada de “impía e inmoral”, se puede apreciar con toda claridad que lo achaca a pura hipocresía (56).

En *Il viccolo di madama Lucrezia*, escrita en 1846 pero publicada tras su muerte, en 1873, la marquesa Aldobrandi, “después de haber sido extremadamente ligera, había caído en la gran devoción, una vez que se dio cuenta que la edad de las conquistas había pasado” y el sacerdote Negroni, “después de haber sido el último *amico* de la marquesa, gobernaba su casa con una autoridad prácticamente despótica” (57).

Incluso el *abbé Aubain* (1846) (58), de dudosa vocación, fruto de un desengaño amoroso, sólo preocupado por la buena vida y la buena mesa, que consigue la mejor parroquia de la diócesis gracias a la influencia de una de sus feligresas, que le aleja porque creía haberle enamorado, es muy poco atrayente (59).

(54) P. MÉRIMÉE, “Carta a Augustine Brohan, de 16 de septiembre de 1848”, en *Correspondance Générale*, edición y notas de Maurice Parturier, con la colaboración de Pierre Jossieran y Jean Mallion, tome cinquième, 1847-1849, Le Divan, Paris, 1946, pág. 393.

(55) P. MÉRIMÉE, *Arsène Guillot*, en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., págs. 25-84.

(56) P. MÉRIMÉE, «Carta a la Condesa de Montijo, de 23 de marzo de 1844 », en *Correspondance Générale*, edición y notas de Maurice Parturier, con la colaboración de Pierre Jossieran y Jean Mallion, tome quatrième, 1844-1846, Le Divan, Paris, 1945, pág. 66.

(57) P. MÉRIMÉE, *Il viccolo di madama Lucrezia*, en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., pág. 205.

(58) P. MÉRIMÉE, *L'abbé Aubain* en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., págs. 188, 198, 193-194 y 192.

(59) Mérimée, previendo que la obra sería tachada de irreligión afirmó que la aventura era real (P. MÉRIMÉE, «Carta a la Condesa de Montijo, de 28 de febrero de 1846», en *Correspondance Générale*, tome quatrième, ed. cit., pág. 422.

Josserand (60), con toda razón, observó que “nunca pudo ver en el sacerdote otra cosa que un hipócrita o un imbécil” (61).

Fue, también, de aquellos que, con sus obras, contribuyeron a sustituir las leyendas cristianas por leyendas fantásticas o mitológicas. *La Venus d'Ille* (1837), como observó Millet, es la «paganización» de una leyenda cristiana, la leyenda de San Paulin, en la que el triunfo de la castidad es sustituido por la pasión y el asesinato (62).

Su anticlericalismo también dio muestras de comportamiento sectario al negarse a votar como académico a candidatos católicos (63), incluso cuando se lo pidió Napoleón III (64), y en su oposición a la presencia de las tropas francesas en Roma para sostener a Pío IX (65).

En sus *Cartas desde España* (1831) los españoles “pretenden hacer terrible la religión” y la imagen de Cristo que precede al reo camino del cadalso, es “una horrible figura”, “una imagen horrorosa”, “una estatua desagradable” (66).

En su *correspondencia* también se muestra su inquina hacia la Iglesia, el “partido clerical”, el Papa y, en general, hacia todo lo que tenga que ver con la religión católica y, donde la burla tampoco está ausente. A Panizzi, al que se queja de que llovía demasiado, le dice: “Parece que el funcionario celestial que cuida del tiempo se hace viejo o se da a la bebida, pues desde hace algunos años desempeña muy mal los deberes de su cargo” (67).

(60) P. JOSSERAND, “Introduction” a P. MÉRIMÉE, *Colomba et dix autres nouvelles*, edición, introducción y notas de Pierre Josserand, Gallimard (Folio classique), Manchecourt, 2006, pág. 17.

(61) El bandolero Giocanto Castriconi de *Colomba*, no es un «cura bandido», ni un «clérigo bandido», con quien algún autor le ha confundido (Manuela SAN MIGUEL, *Mérimée. Erudición y creación literaria*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1984, págs. 65 y 71), sino un antiguo estudiante de teología (P. MÉRIMÉE, *Colomba*, ed. cit., págs. 389-390), es decir, un ex seminarista.

(62) Claude MILLET, *Le Légendaire au XIXe siècle. Poésie, mythe et vérité*, Presses Universitaires de France, Paris, 1997, pág. 150.

(63) P. MÉRIMÉE, “Carta a al Mariscal Vaillant, de 15 de diciembre de 1857”, en *Correspondance Générale*, edición y notas de Maurice Parturier, Deuxième série, tome deuxième, 1856-1858, Privat, Paris, 1955, págs. 418-419.

(64) Jules TROUBAT, *Plume et pinceau. Études de Littérature et d'Art*, Isidore Lisieux, Paris, 1878, pág. 33 ; A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 296.

(65) Paul LÉON, *Mérimée et son temps*, Presses Universitaires de France, Paris, 1962, págs. 191-192 y 198-199 ; A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 322.

(66) P. MÉRIMÉE, *Lettres adressées d'Espagne. Une execution*, en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., págs. 384, 386 y 387.

(67) P. MÉRIMÉE, “Carta a Panizzi, de 26 de marzo de 1865”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 395.

Tras los disturbios revolucionarios de París de febrero de 1831 —cometidos ante la pasividad del gobierno—, le escribió a Stendhal: “Os habéis perdido un bello espectáculo, el del saqueo del Arzobispado”, con una “procesión en la que figuraban innumerables zapateros remendones y crápulas de todas clases, con casullas, mitras, etc., mascullando oraciones y rociando al público con agua bendita que sacaban de orinales. La guardia nacional se desternillaba de risa y no impedía nada. No hay religión en este país” (68). A Viollet-Le-Duc, le responde: “Me gustaría que tuvierais razón cuando decís que no hay católicos en Francia” (69). Naturalmente, aprecia la *Vie de Jesús* de Renan (70), aunque reproche la admiración de su autor a la humanidad de Jesús (71). El aprecio es mayor en el libro de Charles Lambert, *L’Immortalité selon le Christ*, “demoledor del santo rey David y de la Biblia” y que le parece “muy ingenioso y bastante divertido” (72).

Su animadversión hacia Pío IX se muestra, especialmente, con motivo de la publicación del *Syllabus* y la *Quanta cura*, encíclica que le parece “una payasada” (73), documentos con los que “el Papa ha perdido totalmente la cabeza” (74), al tiempo que “es un necio del siglo VII” (75), “un imbécil en Roma que se cree Gregorio VII” (76), un “tonto y algo loco”, “rodeado de canallas vestidos de rojo, de violeta o de negro” (77). El revuelo causado por el *Syllabus* no había

(68) P. MÉRIMÉE, “Carta a Stendhal, de 15 de marzo de 1831”, en *Correspondance Générale*, edición y notas de M. Parturier con la colaboración de P. Jossierand y J. Mallion, Le Divan, París, 1941, tomo I, págs. 92-93.

(69) P. MÉRIMÉE, «Carta a Viollet-Le-Duc, de 1 de enero de 1865», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 314.

(70) P. MÉRIMÉE, «Carta a Panizzi, de 19 de marzo de 1864», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, págs. 84-85.

(71) P. LÉON, *Mérimée et son temps*, ed. cit., pág. 385.

(72) P. MÉRIMÉE, «Carta a Jenny Dacquín, de 14 de abril de 1865», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 411.

(73) P. MÉRIMÉE, «Carta a Viollet-Le-Duc, de 1 de enero de 1865», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 314.

(74) P. MÉRIMÉE, «Carta a Panizzi, de 24 de diciembre de 1864», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 310.

(75) P. MÉRIMÉE, «Carta a Viollet-Le-Duc, de 11 de enero de 1865», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 324.

(76) P. MÉRIMÉE, «Carta a Edward Childe, 1 de febrero de 1865», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 355.

(77) P. MÉRIMÉE, «Carta a Panizzi, de 26 de marzo de 1865», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 396.

sido pequeño, y Mérimée cree que se deberían tomar medidas contra el clero, por haber dado lectura el obispo de Moulins a las partes de la encíclica que el gobierno francés no había autorizado publicar (78). Una mayor actividad desplegada por el “partido clerical” le hace compararla con la hidra de las siete cabezas (79).

Si en *Las almas del Purgatorio* (1834), donde el sacerdote Manuel Tordoya es vanidoso, hipócrita y simoníaco (80), don Juan, tras la visión de su propio funeral, se arrepiente de su vida anterior y alcanza el amor divino tras entrar en un convento —no sin que durante el itinerario cometa un homicidio en un duelo tras haber recibido los hábitos—, tal camino espiritual no lo recorrió Mérimée, a quien, si le preocupó la cuestión, no fue de modo suficiente para dar el paso, a pesar de los reiterados intentos de su amiga, la marquesa de La Rochejaquelein, que fracasó en sus esfuerzos para llevarle al catolicismo (81), como antes lo había intentado, también sin éxito, Émile Lacoste (82).

“Tengo la desgracia de ser escéptico pero no es mi culpa. Intento creer pero no tengo fe”, le escribía a la Marquesa de La Rochejaquelein, aunque poco después añadía: “Sobre todo soy muy sensible a la piedad que os inspiro y os doy las gracias desde el fondo de mi corazón por interesaros por mi pobre alma. Pero, a decir verdad, no creo que me convierta” (83). Unos años más tarde, le decía sobre la conversión de San Pablo: “Estamos de acuerdo en que tuvo la gracia y, desgraciadamente, no se da a todo el mundo (...) Pero es cierto que no todo el mundo tiene la gracia (...) No creo tenerla jamás” (84). Unos meses después le respondía: “Pienso con frecuen-

(78) P. MÉRIMÉE, «Carta a Viollet-Le-Duc, de 21 de enero de 1865», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 232.

(79) P. MÉRIMÉE, «Carta a Panizzi, de 14 de marzo de 1865», en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome sixième, 1864-1865, pág. 376.

(80) P. MÉRIMÉE, *Les Ames du purgatoire*, en *Colomba et dix autres nouvelles*, ed. cit., págs. 232-234.

(81) P. TRAHARD, *La vieillesse de Prosper Mérimée (1854-1870)*, Librairie Ancienne Édouard Champion, París, 1930, págs. 37-38.

(82) A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 68.

(83) P. MÉRIMÉE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de 24 de enero de 1855”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tome premier, 1853-1855, Edouard Privat, Toulouse, 1953, pág. 426.

(84) P. MÉRIMÉE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de 5 de febrero de 1859”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tomo III, pág. 44.

cia en dios (sic) y en el otro mundo. A veces con esperanza. Otras veces con muchas dudas. Dios me parece muy probable y el comienzo del Evangelio de San Juan no tiene nada que me repugne. En cuanto al otro mundo me cuesta más creer. Me es muy difícil no ver una invención de la vanidad humana” (85). Poco antes, le había dicho: “Hablando prácticamente, me parece que la duda tiene menos inconvenientes que la creencia” (86).

Esa manifestación pesarosa por no creer, que en alguna carta le indicó, ¿reflejaba el estado de su alma o era una retórica amabilidad hacia quién se preocupaba por él? Más bien parece que debió ser esto último, pues no tenía auténticas inquietudes religiosas ni por la otra vida (87). En otra carta a la Marquesa de La Rochejaquelein, tras agradecerle sus oraciones, añadía: “Pero hablando con franqueza, creo que jamás tendrán otro efecto que el de avivar mi agradecimiento hacia vos” (88). Como quiera que fuera, ni tal pesar, si era auténtico, ni su gusto por las ceremonias religiosas —que le llevó a escribir desde España, en 1830, “amo estas ceremonias católicas, quisiera creer” (89)—, ni el reconocimiento, también desde España, de la labor de los religiosos, hasta el punto de escribir que “aunque les pese a los liberales intolerantes [los monjes] son el apoyo y el consuelo de los desgraciados, desde su nacimiento hasta la muerte” (90), fue suficiente para hacerle creer y convertirse a la religión católica (91). De hecho, en su opúsculo sobre Stendhal (92) (1850), llegó a defi-

(85) P. MÉRIMÉE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de 7 de noviembre de 1859”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tomo III, págs. 299-300.

(86) P. MÉRIMÉE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de septiembre de 1859”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tomo III, pág. 271.

(87) P. MERIMEE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de 11 de agosto de 1856”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., tome deuxième, pág. 96.

(88) P. MERIMEE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de 25 de mayo de 1856”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., tome deuxième, pág. 48.

(89) P. MÉRIMÉE, *Lettres adressées d’Espagne. Une execution*, en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., pág. 388.

(90) P. MÉRIMÉE, *Lettres adressées d’Espagne. Une execution*, en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., pág. 389.

(91) En su correspondencia con la Marquesa de La Rochejaquelein se muestra su nula disposición para ello. Es más, le indica que sólo se podía creer en la crítica (P. MERIMEE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de 21 de octubre de 1857”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., deuxième série, tome deuxième, pág. 391).

(92) La reedición de su opúsculo en 1864, lleva esta fecha “MLCCLXIV de l’imposture du Nazaréen” (A. BILLY, *Mérimée*, ed. cit., pág. 113).

nirse como pagano (93) y en sus *Cartas desde España* (1831) ya lo había hecho como impío (94).

Sainte-Beuve dijo de Mérimée que era “el menos cristiano” de los escritores (95) y Trahard, en su monumental obra, destacó “su odio hacia el clero” y le describió como “ateo impenitente” (96). En opinión de Johnstone, “la absoluta incredulidad le acompañó toda su vida” y “la religión fue para él superstición” (97). Pero se da la paradoja de que, Mérimée, según observó Raitt en su literatura, “nunca se pudo librar de un incómodo e irracional apego a talismanes, fórmulas mágicas o precauciones fetichistas” (98).

Para Luppé, Mérimée “buscó motivos para no creer” (99). Billy, más benévola estimó que “educado en el volterianismo, nunca varió sobre la cuestión de la religión: le era indiferente en sí misma y antipática en las personas de sus representantes. De todos los escritores de su tiempo fue el más refractario, no sólo al dogma, sino a la sensibilidad de lo religioso” (100). Bowman destacó que Mérimée, “rechaza cualquier fe” y que en su profundo anticristianismo, quizá por su pesimista percepción del mundo, “rechazaba las ideas de un Dios creador y del Juicio final” (101). En opinión de Raitt, su inquina a la religión tenía muy poco de racional, pues “su rabioso anticlericalismo era más instintivo que razonado” (102). A juicio de Trahard, el “desprecio de la fe y de la ley moral le condujo a la nada, donde encuentra un refugio definitivo” (103). No llegó a ser así, finalmente, si su conversión al protestantismo fue sincera.

(93) P. MERIMEE, *H.B.*, en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., pág. 443.

(94) P. MÉRIMÉE, *Lettres adressées d'Espagne. Une execution*, en *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., pág. 388.

(95) Citado por P. TRAHARD, *La jeunesse de Prosper Mérimée*, ed. cit., tomo II, pág. 297.

(96) P. TRAHARD, *La jeunesse de Prosper Mérimée*, ed. cit., tomo II, págs. 226 y 204.

(97) G. H. JOHNSTONE, *Prosper Mérimée. A Mask and a Face*, George Routledge and Sons, Londres, 1926, pág. 6.

(98) A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 177. Ver, también, por ejemplo, F. P. BOWMAN, *Prosper Mérimée. Heroism, Pessimism and Irony*, ed. cit., págs. 30-32.

(99) Marquis de LUPPE, *Mérimée*, ed. cit., pág. 208.

(100) A. BILLY, *Mérimée*, ed. cit., pág. 230.

(101) F. P. BOWMAN, *Prosper Mérimée. Heroism, Pessimism and Irony*, ed. cit., págs. 30 y 34.

(102) A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 359.

(103) P. TRAHARD, *La jeunesse de Prosper Mérimée*, ed. cit., tomo II, pág. 330.

Contrario tanto a los “clericales” como a los revolucionarios, Mérimée, como observó Baschet, “ofrece esta particularidad de odiar al mismo tiempo al partido de la iglesia y al de los revolucionarios” (104). Particularidad que no fue sólo de Mérimée, sino que fue propia, también de otros autores, como Flaubert (105), es decir, del tipo de liberal conservador anticatólico.

Por ello, pese a la inquina que tenía a la religión y a la Iglesia, es posible que sea cierta la observación de Bac cuando indica que para Mérimée “la Iglesia es una administración de la moralidad pública” y que “la religión es el freno más poderoso que se haya encontrado contra los vicios humanos” (106), pues bajo esa percepción se contrarrestaba el peligro revolucionario. Ideas muy comunes a no pocos conservaduristas liberales, más preocupados por su bienestar y por su posición que por la coherencia de sus ideas con su forma de vida y con la penosa situación menesterosa de la gran mayoría del pueblo en el siglo XIX.

A finales de febrero de 1848 le decía a Royer-Collard sobre la revolución que acababa de derribar a la monarquía burguesa: “Probablemente estamos todos arruinados. Es la única cosa que lamento en lo que acaba de finalizar” (107). Preocupación que parecía no sentir diecisiete años antes y de la que se burlaba cuando, en la revuelta de febrero de 1831, ante el saqueo del arzobispado de París, le decía a Stendhal: “no os podéis hacer idea de la inquietud de los ricos. Es totalmente cómica para nosotros los *gueux* (108). En 1859 le decía a la marquesa de La Rochejaquelein que el Nuevo Testamento, prescindiendo de “la leyenda biográfica”, contiene “una admirable moral”, “el resumen de los mejores principios, antaño reservados por los filósofos griegos a un pequeño número de adeptos, hoy día al alcance de todos los hombres sin

(104) R. BASCHET, *Du romantisme au...*, ed. cit., pág. 242.

(105) Me he ocupado de Flaubert en E. CANTERO, “Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Gustave Flaubert”, *Verbo* núm. 459-460, noviembre-diciembre 2007, págs. 857-888.

(106) Ferdinand BAC, *Mérimée inconnu*, Hachette, París, 1939, págs. 190 y 199.

(107) P. MÉRIMÉE, “Carta a Hippolyte Royer-Collard, de finales de febrero 1848”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., tomo V, págs. 247-248.

(108) P. MÉRIMÉE, “Carta a Stendhal, de 15 de marzo de 1831”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., tomo I, pág. 92.

excepción” (109). Tras las revoluciones de 1848, Mérimée le escribía a la Condesa de Montijo: “Es cierto que la religión católica es el más fuerte y más eficaz medio de policía que existe” (110). Con todo, la defensa de Mérimée hecha por Bac es a todas luces excesiva cuando, de las premisas anteriores concluye que no cabe considerarle enemigo de la religión ni su perseguidor (111).

Así, parece que la parcialidad se sobrepone a la simpatía en no pocos estudiosos que parecen camuflar los aspectos antipáticos, sectarios o reprobables de la persona a la que han dedicado algunos de sus esfuerzos intelectuales, edulcorando su figura y velando algunos de sus comportamientos. Así, San Miguel, para la que Mérimée “no será contra la fe y contra la religión contra las que arremeterá en sus *nouvelles*”; “será, muy al contrario, contra la hipocresía y el fariseísmo de clérigos y beatas contra los que descargará su ironía y sus más acervas (*sic*) críticas” (112).

San Miguel parece dar por bueno que en tiempos de Mérimée el clero se caracterizaba por su hipocresía, pero al margen de tan incorrecto juicio que sólo cabe emitir por prejuicios o por ignorancia, tampoco Mérimée juzgaba el pasado con un mínimo de objetividad. Al describir el estado de la catedral de Le Mans y el tránsito en sus capiteles del románico al gótico, desliza este comentario mordaz, injusto y falso sobre el uso del poder por el clero: “Desgraciadamente no creo que haya habido la menor diferencia entre el cristianismo del siglo doce y el del siglo trece, salvo que, quizás, en éste último el clero tenía mayor poder y abusaba aún más” (113). Y en su descripción de los edificios de Avignon, aprovecha para intercalar este comentario igualmente malévolo: “Al ver

(109) P. MÉRIMÉE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de 18 de septiembre de 1859”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tomo III, pág. 255.

(110) P. MÉRIMÉE, “Carta a la Condesa de Montijo, de 20 de julio de 1848”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Le Divan, Paris, 1946, tomo V, pág. 360.

En la carta, añadía: “Pe ro cómo hacerlo revivir ahora que las clases inferiores han adquirido de nosotros el contagio filosófico?”. Años después, escribía que el Nuevo Testamento era el mejor libro de moral (“Carta a la Marquesa de La Rochejaquelein, de 18 de septiembre de 1859”, en *Correspondance Générale*, deuxième série, tome III, pág. 255).

(111) F. BAC, *Mérimée inconnu*, ed. cit., pág. 199.

(112) M. SAN MIGUEL, *Mérimée. Erudición y creación literaria*, ed.cit., pág. 171.

(113) P. MÉRIMÉE, *Notes d'un voyage dans l'Ouest de la France*, prólogo de Pierre-Marie Auzas, Adam Biro, Paris, 1989, pág. 33.

el palacio de los Papas, el más grande de todos estos edificios, se diría la ciudadela de un tirano asiático más bien que el hogar del vicario de un Dios de paz” (114). Al relatar la tradición milagrosa de un agua de Arles que había contenido las reliquias de dos mártires, añade que, desde que los monjes del lugar se percataron de que eran los propietarios de aquella agua que curaba a los enfermos, “la guardaron cuidadosamente y ya no la dieron más que por dinero” (115). Ni que decir tiene que, esos escasos comentarios de sus *Notas de viaje*, siempre son para decir algo contrario a la Iglesia y al clero, y, en ningún caso, para referir cualquier cosa que suene a elogio.

Enemigo de la religión, lo fue siempre como acredita su obra literaria y si no fue un perseguidor cruento, si lo fue intelectual e ideológico, al que importunaba la vitalidad de la religión católica. Por ello, mucho más correcto es el juicio de Raitt al indicar que “sus más violentas críticas se dirigieron contra el resurgir católico que fue un rasgo notable de la sociedad al comienzo de la década de 1840” (116).

Mérimée ha sido un autor muy controvertido por su compromiso político con el régimen de Napoleón III, incluso en su valoración literaria. Desde la acusación de Victor Hugo, que le calificó de “ruin” y de “cortesano ornamental” (117), no han faltado los juicios contrarios que han ido más allá de la mera crítica a su posición política. El marqués de Luppé, a mediados del siglo pasado, observaba que Mérimée “tiene contra él a todos los que han odiado encarnizadamente el Segundo Imperio”, y que “la reputación equívoca que tiene todavía en nuestro tiempo tiene origen político” (118). Aún en la actualidad, se le ha reprochado, como ha recordado Antonia Fonyi, su posición en el Segundo Imperio, reproche puramente ideológico, que no responde a la realidad de su participación “política”, prácticamente nula, pues Mérimée sólo intervino tres veces en el Senado en asuntos de escasa o nula trascendencia (119). Así

(114) P. MÉRIMÉE, *Notes d'un voyage dans le Midi de la France*, Librairie de Fournier, Paris, 1835, pág. 143.

(115) P. MÉRIMÉE, *Notes d'un voyage dans le Midi de la France*, ed. cit., pág. 422.

(116) A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 210.

(117) Victor HUGO, *Histoire d'un crime*, en *Œuvres complètes. Histoire*, Robert Laffont (col. Bouquins), Paris, 2002, pág. 319.

(118) Marquis de LUPPE, *Mérimée*, ed. cit., pág. 163.

(119) Augustin FILON, *Mérimée et ses amis*, Librairie Hachette et Cie., Paris, 1894, pág. 266.

mismo, esa crítica, continúa Fonyi, olvida su labor de conservación del patrimonio monumental francés y que su literatura en absoluto fue reaccionaria, pues se fundó en una firme oposición al orden, razón por la que, debido a esta ideología anarquista subyacente, fue percibida en su época como intolerable (120).

A juicio de sus defensores, que tratan de exculparle –lo que supone dar por sentado que la colaboración con el régimen debe ser reprochada, como se acaba de ver en el juicio anteriormente expuesto de Fonyi–, el compromiso de Mérimée proviene del horror que le produjo la insurrección revolucionaria en París de junio de 1848, por lo que aceptó el golpe de Estado de 1851 y el Imperio posterior (121), en el que, según algunos autores, mantuvo su independencia y su libertad de pensar (122). No han faltado los que han querido explicar y exculpar su conducta con un elogio que, quizá inconscientemente, resultó envenenado, como fue el caso de Arbelet, para el que Mérimée, a pesar de su nombramiento como senador, nunca fue bonapartista, criticando en privado al régimen y que al aceptar dicha designación “aceptó un favor que hacía su vida más confortable, pero que sería exagerado decir que se adhirió al Imperio” (123).

¿Fue políticamente un “oportunista”, según la dura expresión de Trahard (124)? Aunque algo de base haya para calificarle de tal modo, ¿fue realmente así, o fue sólo un empleado, un funcionario que se avino a la sucesiva legalidad vigente? Esto último no parece sostenible desde el momento en que aceptó ser senador, aceptación que supone mucho más que las obligaciones funcionariales. Su comportamiento, ¿no responde al tipo de cierto liberal conservador, políticamente afecto a un régimen –cualquiera que sea– que garan-

(120) Antonia FONYI, “Avant-propos”, en Antonia FONYI, *Prosper Mérimée. Écrivain, archéologue, historien*, Droz, Ginebra, 1999, pág. IX.

(121) Robert BASCHET, *Du romantisme au Second Empire. Mérimée (1803-1870)*, Nouvelles Editions Latines, París, 1958, págs. 149-151 y 240; A. BILLY, *Mérimée*, ed. cit., pág. 358; Marquis de LUPPE, *Mérimée*, ed. cit., págs. 161 y 181.

(122) F. BAC, *Mérimée inconnu*, ed. cit., pág. 46; R. BASCHET, *Du romantisme au...*, ed. cit., pág. 181.

(123) Paul ARBELET, *Trois solitaires (Courier-Stendhal-Mérimée)*, Gallimard, París, 1934, págs. 266 y 267.

(124) P. TRAHARD, *La vieillesse de Prosper Mérimée (1854-1870)*, ed. cit., pág. 12.

Si fue un oportunista, sin embargo, parece que rechazó en dos ocasiones, en 1856 y en 1863, ser Ministro de Instrucción Pública (Marquis de LUPPE, *Mérimée*, ed. cit., págs. 170 y 195).

tice el orden en el que se encuentra bien situado, mientras que intelectualmente, sus “principios”, “creencias” y “actitudes” le impulsan a la crítica de los principios e instituciones que aborrece, como es el caso de la religión y de la Iglesia, y de la sociedad a la que considera falsa e hipócrita?

Parece, más bien, que Mérimée, encaja en esa tipología. Políticamente evolucionó, de modo cada vez más marcado, desde una posición liberal antiborbónica hasta la de un liberal, cada vez más conservador y más partidario de un régimen autoritario pero, siempre, anticatólico. En efecto, Mérimée, aunque liberal, se caracterizó por acomodarse a los cuatro regímenes que conoció, en todos los cuales estuvo bien situado. Si bien durante la Restauración rechazó en 1829 una agregaduría de embajada en Londres, no fue molestado por sus ideas ni por sus obras literarias, ni participó en el movimiento que produjo su caída, pues se encontraba viajando por España, donde le sorprendió la revolución de julio.

Con la llegada de la Monarquía burguesa comienza su carrera a la sombra del poder, que culminaría en el Senado del Segundo Imperio. A su regreso de España encontró a sus amigos bien situados políticamente y al amparo del conde de Argout, en 1831, fue nombrado Jefe de secretaría del Ministerio de Marina y, siempre al amparo del conde conforme a los traslados de éste, fue Jefe de gabinete en el Ministerio de Comercio y Trabajos Públicos y, posteriormente, del Ministerio del Interior y de Cultos (125). Caballero de la Legión de Honor en 1833, ese mismo año, con un nuevo gobierno, solicita de los poderosos bien situados el amparo para mantener su puesto y Thiers le nombra, en mayo de 1834, Inspector General de Monumentos Históricos, lo que, durante dieciocho años, le condujo a viajar por toda Francia y a publicar diversas obras relacionadas con la arquitectura medieval. Su situación económica mejora notablemente con los 8.000 francos anuales de sueldo (126). Situación económica que será sensiblemente mejorada en 1853 con los 30.000 francos anuales de senador (127).

(125) P. TRAHARD, *La jeunesse de Prosper Mérimée*, ed. cit., tomo II, págs. 232-233.

(126) LUPPE, *Mérimée*, ed. cit., pág. 69; J. FREUSTIE, *Prosper Mérimée (1803-1870). Le nerveux hautain*, ed. cit., pág. 162; A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 137.

(127) LUPPE, *Mérimée*, ed. cit., pág. 156; J. FREUSTIE, *Prosper Mérimée (1803-1870). Le nerveux hautain*, ed. cit., pág. 170.

Académico en 1844, Oficial de la Legión de Honor en 1852 y Comendador en 1860. Mérimée recibió todo tipo de honores a lo largo de su vida y frecuentó los salones más distinguidos, codeándose con lo más granado, política, social y culturalmente, de aquella sociedad. Críticos y biógrafos coinciden en ver en él al perfecto *gentleman* –pero, también, no pocos, a un petimetre, a un representante conspicuo del dandismo, personal y literario (128)–, y a un amigo leal con sus amigos, aunque quizás, como observó Bowman, ninguna amistad fuera auténtica porque no se arriesgó a ello (129), si bien en el caso de su amigo Libri parece que no fue así, pues su defensa en la prensa (130) del Inspector General de Instrucción Pública y de Bibliotecas, justamente condenado por hurto de libros, le costó, en 1852, quince días de cárcel y una multa de mil francos. Su amistad con los Montijo desde su primera visita a España, en especial con la madre de la futura esposa de Napoleón III, le convirtió, después de ese matrimonio, en asiduo de la Corte, incluso en los desplazamientos a Compiègne, a Biarritz y a Fontainebleau, y en confidente de la Emperatriz, de modo que fue “casi de la familia” (131). Cuando el régimen evolucionó hacia lo que se ha llamado la etapa del Imperio liberal, se mostró contrario a tal evolución (132), aunque tal oposición no se manifestara en el Senado sino en su correspondencia (133).

Si sus detractores exageraron sus culpas políticas hasta el punto de ignorar su obra literaria y, sobre todo, restauradora del patrimonio monumental y artístico francés, sus defensores y aquellos que han reivindicado su obra por encima de su actitud y de su actividad política, han minimizado ésta, puesto que no se limitó a la aceptación del régimen, sino que incluyó su participación activa contribuyendo a su sostenimiento como senador.

(128) Jean- Pierre SAIDAH, «Mérimée et le dandysme», *Europe*, año 53, núm. 557, septiembre 1975, págs. 92-103.

(129) F. P. BOWMAN, *Prosper Mérimée. Heroism, Pessimism and Irony*, ed. cit., págs. 58.61

(130) P. MÉRIMÉE, «La procés de M. Libri», *Revue des Deux Mondes*, año XXII, tomo XIV, 1 de abril de 1852, págs. 306-336.

(131) Jean AUSTIN, *Prosper Mérimée, écrivain, archéologue, homme politique*, Librairie Académique Perrin, París, 1983, pág. 245.

(132) R. BASCHET, *Du romantisme au...*, ed. cit., págs. 241-242.

(133) Marquis de LUPPE, *Mérimée*, ed. cit., págs. 181, 198-199.

De la vida y de la obra de Mérimée, maestro de la novela corta en juicio de Sainte-Beuve (134), posteriormente reiterado por casi todos los críticos –“el primero de los *nouvellistes* franceses” (135)–, aunque con él naciera el cuento moderno y con él la *nouvelle* llegara a la perfección según las autorizadas opiniones de Sainte-Beuve, Taine (136), Menéndez Pelayo (137) o Thibaudet (138), me parece que su importancia como literato, sin caer en el extremoso juicio de Biré –que solo le consideró “un hombre de letras” (139)–, en general ha sido sobrevalorada, incluso cuando, como, siguiendo a Taine, Pellissier le sitúa en la literatura francesa ocupando “una plaza alta, pero estrecha” (140) y no se diga cuando, como Gustave Planche, en crítica en extremo elogiosa, se afirma que “aunque Mérimée sólo hubiera escrito *Mateo Falcone*, ocuparía una plaza eminente en la historia de la literatura” francesa (141).

En todo caso, esa importancia ha sido menor que la de su labor como conservador y restaurador del patrimonio artístico nacional francés, tarea destacada muy pronto por algunos autores (142). En

(134) C. A. SAINTE-BEUVE, *Causeries du lundi*, Garnier Frères, 3ª ed., París, s.f., tomo VII, pág. 384.

(135) Émile FAGUET, *Dix-neuvième siècle. Études littéraires*, Société Française d'Imprimerie et de Librairie, 34ª ed., París, s.f., pág. 346.

(136) Hippolyte TAINÉ, *Essais de critique et d'histoire*, trad. esp. *Ensayos de crítica y de historia*, Aguilar, Madrid, 1953, págs. 891-894.

(137) Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, ed. cit., tomo II, pág. 875.

(138) Albert THIBAUDET, *Histoire de la littérature française de 1789 à nos jours*, Stock, Delamain et Boutelleau, París, 1946, pág. 211.

(139) Edmond BIRÉ, *Portraits littéraires*, Librairie Générale Catholique et Classique, 4ª ed., Lyon, 1888, pág. 62.

(140) Georges PELLISSIER, “Le Roman”, en L. PETIT de JULLEVILLE, *Histoire de la Langue et de la Littérature française des Origines a 1900*, tomo VII, *Dix-neuvième siècle. Période romantique (1800-1850)*, Armand Colin et Cie., París, 1899 (págs. 413-477), pág. 454.

(141) Gustave PLANCHE, «Écrivains modernes de France. Prosper Mérimée», *Revue des Deux Mondes*, año XXV, tomo VII, 15 de septiembre de 1854 (págs. 1207-1232), pág. 1212.

(142) Augustin FILON, *Mérimée et se amis*, Librairie Hachette et Cie., París, 1894, págs. 109 ; Eugène-Louis VIOLLET LE DUC, «Mérimée et les monuments historiques», *Revue de Paris*, Deuxième année, tomo sixième, 15 de noviembre de 1895, págs. 411-417; André HALLAYS, «Mérimée, inspecteur des monuments historiques», *Revue des Deux Mondes*, año LXXXI, sexto periodo, tomo II, 15 de abril de 1911, págs. 761-786; René CANAT, *La Littérature Française au XIXe siècle*, Payot et Cie., París,

esa empresa fueron sus más conocidos colaboradores, además de Eugène Viollet-le Duc, el más famoso de ellos, Augustin Caristie, Jacques Duban, Jean-Baptiste Lassus, Joly-Leterme y Emile Boeswillwald (143), y en la que, sorteando no pocos obstáculos y venciendo algunas reticencias, por encima de errores, que sin duda los hubo y, a veces, no pequeños, contribuyó de forma eminente a la salvación de buen número de obras de arte, iglesias, abadías y catedrales incluidas (144). Mérito que es de destacar por el hecho de que, quien realizó tal trabajo, profesaba un “ateísmo radical” (145) y porque fue sólo “una curiosidad de sabio y el gusto por el arte gótico” (146) el que le motivó, pues, como advirtió Filon, “no buscó ni comprendió” “el alma de la arquitectura gótica”, ya que “ignoró siempre lo que debía a la religión”, carácter “que no supo percibir o no quiso admirar” (147).

Hallays entendió que esta apreciación era exagerada. Pero la corrección a Filon me parece inconsistente. De los dos textos que cita Hallays, en el primero (148), que se refiere a las ruinas de la abadía

1921, tomo I, pág. 148; Fortunat STROWSKI, *Tableau de la Littérature Française au XIX e siècle et au XXe siècle*, (1912) Mellottée Editeur, París, s. f. (pero 1925), pág. 222.

(143) J. AUSTIN, *Prosper Mérimée*, ed. cit., págs. 127-129.

(144) Sobre este importante aspecto de su vida, que salvo muchísimos monumentos, E. MOREL, *Prosper Mérimée. L'amour des pierres*, ed. cit., págs. 93-230; X. DARCOUS, *Prosper Mérimée*, ed. cit., págs. 147-223; J. AUSTIN, *Prosper Mérimée...*, ed. cit., págs. 73-159; Françoise BERCÉ, “Les enjeux et les contradictions de l'archéologie et de la politique sous la monarchie de juillet et le second empire”, en A. FONNY, *Prosper Mérimée. Écrivain, archéologue, historien*, ed. cit., págs. 3-14; Georges POISSON, “Prosper Mérimée et les monuments historiques de Paris et d'Île-de-France”, en A. FONNY, *Prosper Mérimée. Écrivain, archéologue, historien*, ed. cit., págs. 15-26; Pierre-Marie AUZAS, «Mérimée au service des Monuments historiques», *Europe*, año 53, núm. 557, septiembre 1975, págs. 115-135; André FERMIGIER, “Mérimée et l'inspection des monuments historiques”, en Pierre NORA (dir.), *Les lieux de mémoire*, Gallimard (Quarto), París, 1997, vol. I, págs. 1599-1614.

(145) Paul BOURGET, *Nouvelles pages de critique et de doctrine*, Plon-Nourrit et Cie., Imprimeurs-Éditeurs, París, 1922, pág. 10.

(146) Étienne-Jean DELÉCLUZE, *Souvenirs de soixante années*, Michel Lévy Frères, París, 1862, pág. 498.

Delécluze, que al igual que Mérimée, era miembro del *Comité historique des arts*, le reprocha que no siendo “ultramontano” se comportara como si lo fuera.

(147) Augustin FILON, *Mérimée et ses amis*, Librairie Hachette et Cie., París, 1894, págs. 114 y 116.

(148) André HALLAYS, «Mérimée, inspecteur de monuments historiques», *Revue des Deux Mondes*, LXXXI année, sixième période, tome deuxième, 15 de abril de 1911 (págs. 761-786), pág. 775.

de Beauport, Mérimée sólo dice que el monje debía amar la belleza por sí misma y que, frente al caballero que sólo pensaba en construir una fortaleza inexpugnable, el abad embellecía su hogar y disfrutaba los placeres que proporcionan la imaginación y las artes (149). Nada más lejos de la realidad que reducir a un placer estético la obra religiosa de las abadías. En el segundo texto, Mérimée, al examinar las vidrieras de la catedral de Le Mans, advierte que la mirada de quien las contempla está obligada a dirigirse hacia el cielo y, añade: “¿No es esta idea la que ha presidido toda la arquitectura gótica? ¿Y las largas líneas verticales, carácter constante de esta arquitectura, multiplicadas sobre todo en los coros, no tienen un destino similar? En una época en la que la primera de las ciencias (*sic*) era la religión, no hay que extrañarse de estas alegorías místicas, de las que el plan y los detalles de nuestras iglesias ofrecen tantos ejemplos” (150). ¿Significa esto que comprendió el sentido religioso de la arquitectura? Parece que no. El mismo Hallays, indirectamente, lo reconoce. Así, tras decir que ahí está la mejor respuesta al reproche de Filon, añade que Mérimée, “experimentó toda la belleza de los edificios religiosos del siglo XIII”, aunque, “ahí, es cierto, se detiene su admiración” (151).

Las abadías no se construyeron para disfrutar de su belleza, ni el gótico se reduce a mirar al cielo y a verticalidad. Sin necesidad de recurrir a explicaciones teóricas muy posteriores a las investigaciones de Mérimée, el estilo gótico, en especial en las catedrales, es un arte religioso, más aún es un arte católico, dirigido a la comprensión de la doctrina católica y de la totalidad de sus dogmas, de lo que se cree y se reza en el credo, desde la contemplación de la fachada hasta que, tras penetrar en la nave se llega al altar mayor. Las formas, las dimensiones, la ornamentación, la luz, todo converge a la adoración y exaltación de Cristo, Dios hecho hombre, verdadero Dios y verdadero Hombre. Para captar este sentido del arte, su objeto y finalidad, no se precisa ser creyente. Este encuentra, además, la confirmación y la exaltación de su fe.

(149) P. MÉRIMÉE, *Notes d'un voyage dans l'Ouest de la France*, ed. cit., pág. 71.

(150) P. MÉRIMÉE, *Notes d'un voyage dans l'Ouest de la France*, ed. cit., pág. 35.

(151) A. HALLAYS, «Mérimée, inspecteur de monuments historiques», ed. cit., pág. 776.

Si Mérimée captó algo del simbolismo religioso de los estilos románico y gótico, desde luego, lo guardó para sí. Y lo que manifestó es conceptualmente muy pobre y poco comprensible cuando recorrió casi toda Francia y describió centenares de iglesias y catedrales en sus notas de viaje. Así, el artista “no supo percibir o no quiso admirar” el sentido de aquél arte, quedándose, tan sólo, en el exterior de su belleza; se quedó en un placer estético a ras de suelo. Mucho mejor lo habían comprendido los vándalos revolucionarios cuando se dedicaron a destruirlo –destrucción muy criticada por Mérimée– por el simbolismo que encerraba.

Además, las pocas veces que interrumpe la aridez de sus descripciones e interpretaciones sobre la construcción y el estilo de los edificios para referirse al sentido religioso, lo es para presentarlo con un aspecto sesgado, destacando una porción de la realidad como si fuera la totalidad, como ocurre con los capiteles de la iglesia de Vezelay: “Se ve por la elección de los temas que tienen un sentido cuál era el espíritu de aquellos tiempos y la manera de interpretar la religión. No era por la dulzura o por la persuasión con lo que se quería convertir, sino por el terror”.

“Los discursos de los sacerdotes podrían resumirse en estas pocas palabras: «¡Creed, si no pereceréis miserablemente en este mundo y seréis eternamente torturados en el otro!». Por su parte, los artistas, gente religiosa, incluso eclesiásticos en su mayor parte, daban una forma real a las sombrías imágenes que les inspiraba un celo salvaje. No encuentro en Vezelay ninguno de esos temas que a las almas tiernas les gustaría esculpir, como el perdón dado al arrepentimiento, la recompensa del justo, etc. Al contrario, veo a Samuel (*sic*) degollando a Agag; a demonios descuartizando a señoras o arrastrándolas al abismo; animales horribles, monstruos espantosos, caras deformadas, expresando los sufrimientos de los condenados o la alegría de los habitantes del infierno. Si se tiene en cuenta la devoción de los hombres educados en medio de estas imágenes extrañará menos las masacres de los albigenses” (152). Y, en cambio, parece haber comprendido el sentido profundamente religioso del gótico sólo para reprocharles su ignorancia a los curas que se dedicaban a enlucir los edificios religiosos: “¿Cuándo compren-

(152) P. MÉRIMÉE, *Notes d'un voyage dans le Midi de la France*, ed. cit., pág. 46.

derán los curas que es de interés para la religión conservar en sus templos su carácter antiguo, tan grave, tan imponente, tan cristiano?” (153).

Literariamente, Mérimée se estrenó como romántico exaltado, pero como romántico *sui generis*, pues en ningún momento participó de aquel primer romanticismo que se caracterizó por una veta proclive a la religión e, incluso, al catolicismo, al tiempo que a la Restauración borbónica, bien representado por las *odas* de Victor Hugo y al que nunca se asoció, probablemente debido a su animadversión a la religión y a su inquina hacia el clero. Tampoco liberó su *yo*, ni dio libre curso al sentimiento, ni ofreció descripciones; y lo fantástico, que no fue exclusivo del romanticismo, permanecería a lo largo de toda su obra (154). En sus primeras obras se manifiesta libre de todo convencionalismo literario y moral y rompe con la famosa triple unidad temporal, de acción y de lugar, al tiempo que se muestra el gusto por lo macabro, lo fantástico, el exotismo, lo salvaje, la brutalidad y la exageración más extremados. En su literatura, impregnada de relativismo moral y, en buena parte de determinismo, se muestra el aprecio por lo primitivo frente a lo civilizado y sus personajes son más libres que los civilizados, más honestos y su moral es superior a la de éstos (155).

A lo largo de su obra predomina el gusto por la muerte y la brutalidad, por lo horrible y terrible –aspectos que Dutourd liga a su dandismo juvenil, a una velada y quizá inconsciente filosofía hobbesiana conforme a la cual lo que caracteriza al hombre es el crimen, a su sadismo literario y a un pesimismo sin parangón (156)–, al tiempo que en sus personajes la virtud no sobresale por encima del vicio (157).

Como ya se ha visto, en el *Teatro de Clara Gazul*, el asesinato y el vicio son lo común. En *Mateo Falcone* (1829), su primer cuento,

(153) P. MÉRIMÉE, *Notes d'un voyage dans le Midi de la France*, ed. cit., pág. 120.

(154) Cristina RISCO SALANOVA, *Realismo y ficción en la narrativa fantástica de Prosper Mérimée*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1993.

(155) F. P. BOWMAN, *Prosper Mérimée. Heroism, Pessimism and Irony*, ed. cit., págs. 79-80 y 147-150.

(156) Jean DUTOURD, « Don Prosper le cruel », *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, año 71, núm. 1, enero-febrero de 1971, págs. 1-9.

(157) Edmond BIRÉ, *Po rraîns littéraires*, Librairie Générale Catholique et Classique, 4.ª ed., Lyon, 1888, págs. 34-45.

como lo más natural, un padre, para salvar el honor, asesina a su hijo de diez años culpable de haber denunciado a un bandolero y con ello, de haber traicionado la hospitalidad corsa. En *La famille de Carvajal* (1828) un padre incestuoso envenena a su mujer y la hija, para evitar la violación, mata al padre. En *Tamango* (1829), los esclavos negros acaban con la tripulación negrera de *La Esperanza*, despedazándola, y después perecen de hambre al no saber tripular el velero. En *La Venus d'Ille*, el novio perece la noche de bodas por el abrazo mortal de una estatua de Venus. En *Carmen* (1845), el héroe, comienza matando a su teniente y termina asesinando a Carmen. En *Lokis* (1869), el hombre-oso mata a su esposa en la noche de bodas y bebe su sangre. En *La jacquerie*, nobles, monjes, burgueses y villanos son igualmente brutales y sin ninguna virtud. En *La chronique du règne de Charles IX*, tanto católicos como hugonotes son igualmente fanáticos y brutales y el interés es el móvil de sus acciones. En *Colomba* (1840) la venganza de una mujer atenazada por el odio mueve los hilos.

Nunca llegó a pertenecer a ninguna escuela y buena parte de la crítica, que le asocia a Stendhal, de cuya influencia nunca se alejó demasiado (158), le considera precursor de la corriente que, posteriormente, se conocería como realismo, a pesar de que, como observó Brunetière (159), se burlara de ella como antes se había burlado del romanticismo.

Inicialmente romántico y posteriormente, como dijo Trahard, “realista sin saberlo” o “a su pesar” (160), Sainte-Beuve le trató bastante bien aunque sin exagerar los elogios (161) y la fama entre las críticas favorables le llegaría de la mano de Taine que no escatimó los elogios como maestro de la novela corta (162). Casi como

(158) Arbelet estimó que esa influencia fue «decisiva» en su comportamiento, en sus ideas y en su literatura (P. ARBELET, *Trois solitaire (Courier-Stendhal-Mérimée)*, ed. cit., págs. 208; 206-208).

(159) Ferdinand BRUNETIÈRE, *Manuel de l'Histoire de la Littérature française*, CH. Delagrave, París, 1898, pág. 439.

(160) P. TRAHARD, *La vieillesse de Prosper Mérimée (1854-1870)*, ed. cit., págs. 103 y 239.

(161) C. A. SAINTE-BEUVE, *Portraits contemporains*, nueva edición revisada y corregida, Didier, París, 1855, tomo II, págs. 361-378.

(162) H. TAINÉ, *Essais de critique et d'histoire*, trad. esp. *Ensayos de crítica y de historia*, ed. cit., págs. 891-894.

excepción, la crítica de Barbey D'Aurevilly (163) y la del inconformista Biré, en absoluto políticamente correcta como diríamos hoy, que negó su maestría, la originalidad de su imaginación y le achacó falta de estilo (164).

En cuanto a su carácter y personalidad, la influencia de Taine se ha dejado sentir. Durante mucho tiempo se ha repetido, siguiendo al ilustre crítico, que, junto a su escepticismo, una desconfianza radical –apuntada ya por Sainte-Beuve (165)–, fue su principal rasgo, lo que motivó que jamás se entregara, que le faltara la sinceridad, lo que en buena parte de su obra se traduce en sequedad y falta de vida y que esa fuera su penitencia: “por temor a ser engañado, desconfió de la vida, del amor, de la ciencia, del arte y ha sido víctima de su desconfianza” (166). En términos muy semejantes, pero con un importante matiz, Strowski entendió que la desconfianza de Mérimée, unido a “la insuficiencia de su vida interior y de la facultad de admirar, le condenaron a la ironía y a la sequedad, impidiéndole llegar hasta el final de la emoción y de la verdad” (167). Para Léon, de modo similar, Mérimée fue víctima de su desconfianza (168).

Desde que Taine dijo que “había en él dos personajes” (169), no han faltado quienes, como Brisson, han indicado que su escepticismo no era más que una fachada, originada por la influencia de Stendhal (170), tras la que se ocultaba el auténtico Mérimée, mucho más humano y con una personalidad más atractiva. Brisson, sobre la base de la correspondencia de Mérimée con Jenny Dacquín

(163) Jules BARBEY D'AUREVILLY, *Le XIXe siècle. Des œuvres et des hommes*, choix de texte établi par Jacques Petit, Mercure de France, París, 1966, tome deuxième, págs. 227-230.

(164) Edmond BIRÉ, *Portraits littéraires*, Librairie Générale Catholique et Classique, 4.ª ed., Lyon, 1888, págs. 4, 41-52.

(165) C. A. SAINTE-BEUVE, *Causeries du lundi*, ed. cit., pág. 383.

(166) H. TAINÉ, *Essais de critique et d'histoire*, trad. esp. *Ensayos de crítica y de historia*, ed. cit., pág. 896.

(167) F. STROWSKI, *Tableau de la Littérature Française au XIXe siècle et au XXe siècle*, ed. cit., págs. 220-221.

(168) P. LÉON, *Mérimée et son temps*, ed. cit., págs. 8 y 365.

(169) H. TAINÉ, *Essais de critique et d'histoire*, trad. esp. *Ensayos de crítica y de historia*, ed. cit., pág. 878.

(170) Adolphe BRISSON, *La Comédie littéraire. Notes et impressions de littérature*, Armand Colin et Cie., París, 1895, pág. 241.

estimó que el libertinaje de Mérimée, su egoísmo y su escepticismo ocultaban a un hombre cariñoso, a un amigo devoto y a un soñador (171). Para Jossierand, la correspondencia de Mérimée acredita que el verdadero Mérimée es el que se escondía tras la máscara cotidiana (172), opinión muy próxima a la de Léon para el que “el personaje tiene siempre dos caras” y “oculta un alma sensible bajo la fanfarronada del vicio” (173). Sin duda ese aspecto permaneció escondido para casi todo el mundo puesto que sólo tras su muerte, con la publicación de esa correspondencia, se pudo descubrir. Aun cuando se presume que esas cartas muestran a un Mérimée auténtico, el Mérimée más real fue el que el público pudo conocer, que fue el que él quiso que fuera conocido.

San Miguel, siguiendo una ya larga estela sobre la máscara de Mérimée, entiende que esa duplicidad, con la que el auténtico Mérimée se defendía del mundo con una personalidad diferente de la propia, procede de un trauma infantil, asociado a un complejo de culpa, del rechazo de la parte femenina de su personalidad y del deseo de retornar a la naturaleza, y que esta personalidad no se corresponde con la personalidad auténtica de Mérimée (174). Para Dugas el Mérimée íntimo no fue más real que el Mérimée público, frío, distante, desconfiado a causa de su timidez, escéptico y al que le gustaba pasar por un monstruo de inmoralidad (175). El testimonio de sus amigos, como el del famoso arquitecto Viollet-le-Duc, transmitido por los hermanos Goncourt, según el cual “Mérimée era un hombre de escondida sensibilidad, muy cariñoso bajo la máscara del egoísmo y el cinismo” (176), no hace sino confirmar la

(171) A. BRISSON, *La Comédie littéraire. Notes et impressions de littérature*, ed. cit., pág. 246.

(172) P. JOSSERAND, “Sur Mérimée”, en *Prosper Mérimée*, Éditions d'Art Lucien Mezenod (col. Les Écrivains Célèbres), París, 1969, (págs. 189-209), págs. 209 y 190.

(173) P. LÉON, *Mérimée et son temps*, ed. cit., pág. 3.

(174) M. SAN MIGUEL, *Mérimée. Erudición y creación literaria*, ed. cit., págs. 193-206.

(175) L. DUGAS, «La timidité de Prosper Mérimée», *Mercur de France*, año 31, tomo CXLIII, núm. 535, 1 de octubre de 1920, págs. 113-125.

(176) Edmond et Jules de GONCOURT, “Anotación de 3 de marzo de 1869”, *Journal. Mémoires de la vie littéraire, II. 1866-1886*, edición de Robert Ricatte con prólogo y cronología de Robert Kopp, Robert Laffont (col. Bouquins), París, 1989, pág. 207.

existencia del Mérimée real y público que sobresale sobre el íntimo que apenas quiso que fuera conocido (177).

Desconfiado –“acuérdate de desconfiar”, era su divisa–, escéptico, pesimista (178), fueron defectos que, en opinión muy extendida, acompañaron a Mérimée, del que Lemaître, que le fue muy favorable en su crítica, destacó su “determinismo radical”, su concepción “sombria” del amor, que no era otra cosa que “una pasión fatal, inexplicable y cruel”, su “refinada burla” y “una filosofía totalmente negativa que se convirtió en dandismo moral” (179). Si se ha de hacer caso a los hermanos Goncourt, Mérimée mostraba en su conversación “un afectado desprecio de todo lo que era ilusión, pudor [y] conveniencia social”, y hacía gala de una “seca y malévola ironía, trabajada para sorprender y dominar a las mujeres y a los débiles” (180). Lanson dijo de él que era “el menos humanitario de los hombres y [que] menospreciaba demasiado al hombre para tener fe en el progreso” (181). Houssaye había dicho, unos años antes, que Mérimée “de ningún modo amaba a la humanidad” y que “estaba descontento con todo, pero nunca de sí mismo” (182). Bourget (183), con ocasión del cincuentenario de su muerte, destacó como uno de los rasgos más sobresalientes de su personalidad “una absoluta amoralidad intelectual”, su “nihilismo intelectual” (184).

(177) Lo mismo cabe decir de los recuerdos de Grenier que lo único que prueban es que Mérimée era un buen amigo (Edouard GRENIER, *Souvenirs littéraires*, Alphonse Lemerre, París, 1894, págs. 127-153.

(178) E. FAGUET, *Dix-neuvième siècle. Études littéraires*, ed. cit., pág. 341 ; R. CANAT, *La Littérature Française au XIXe siècle*, ed. cit., págs. 149-150 ; Paul BOURGET, *Nouvelles pages de critique et de doctrine*, Plon-Nourrit et Cie., Imprimeurs-Éditeurs, París, 1922, pág. 9; F. P. BOWMAN, *Prosper Mérimée. Heroism, Pessimism and Irony*, ed. cit., págs. 20-21.

(179) Jules LEMAITRE, *Les contemporains. Études et Portraits Littéraires*, Librairie H. Lecène et H. Oudin, París, 1889, Quatrième série, págs. 30, 31, 40 y 41.

(180) Edmond et Jules de GONCOURT, “Anotación de 1 de noviembre de 1865”, *Journal. Mémoires de la vie littéraire, I. 1851-1865*, edición de Robert Ricatte con prólogo y cronología de Robert Kopp, Robert Laffont (col. Bouquins), París, 1989, págs. 1200 y 1201.

(181) Gustave LANSON, *Histoire de la Littérature Française* (1894), Librairie Hachette, París, s.f. (pero 17ª ed., 1922), pág. 1010.

(182) Arsène HOUSSAYE, *Les confessions. Souvenirs d'un demi-siècle. 1830-1880*, E. Dentu, París, 1885, tomo IV, pág. 257.

(183) P. BOURGET, *Nouvelles pages de critique et de doctrine*, ed. cit., págs. 11 y 18.

(184) Planche, opinó, con excesiva benevolencia imposible de deducir de sus

Bowman observó que Mérimée odiaba la mentira, pero se servía de sus propias mentiras (185). A juicio de Josserand, Mérimée fue un “epicúreo estoico” (186). Arbelet sin duda creyó elogiarle al escribir que “su desprecio a las opiniones y a los hombres le permitió, con toda honestidad, servir sucesivamente a todos los regímenes” (187). Pero, el juicio más demoledor y que sin duda le caracteriza bien, es, probablemente, el que emitió Raitt: Mérimée fue “un hombre sin principios” (188).

¿Cuál pudo ser la razón de su animadversión hacia la religión y hacia la Iglesia? Aún no había cumplido veintidós años cuando, en plena restauración religiosa, se complace en escribir unas obras en las que denigra a la Iglesia al tiempo que se burla de ella. No se había educado en un colegio religioso, ni había recibido ninguna instrucción que le sometiera a preceptos religiosos, por lo que no tenía cuenta alguna que saldar. Personalmente no tenía nada que reprochar pues vivía al margen de la religión y de la Iglesia. La educación que había recibido, contraria a la religión y a la Iglesia, su mala vida enfangada en el vicio y los placeres inmorales, sus amistades y el ambiente en el que se movía, unidos a un ego en exceso desmesurado, quizá le llevaron a odiar lo noble y lo sagrado y a imputar los peores vicios a quienes representaban todo aquello de lo que carecía o a lo que era contrario, y cuya sola existencia constituía una acta de acusación a su forma de vida. Su mismo racionalismo, cuando se aplica a la religión, en su correspondencia con la marquesa de La Rochejaquelein, más que a razonar sobre la posibilidad de la fe se dedica a argumentar su rechazo, a justificar la incredulidad en la que parece regodearse (189).

obras, que la carencia de sentido moral en Mérimée no era más que una calumnia levantada por Mérimée contra sí mismo (G. PLANCHE, «Écrivains modernes de France. Prosper Mérimée», ed. cit., pág. 1229).

(185) F. P. BOWMAN, *Prosper Mérimée. Heroism, Pessimism and Irony*, ed. cit., págs. 61-63.

(186) P. JOSSERAND, «Introduction», en P. MÉRIMÉE, *Carmen et treize autres nouvelles*, ed. cit., pág. 9. Menéndez Pelayo opinó que en Mérimée «un pesimismo tranquilo, que en la práctica tenía más consecuencias epicúreas que estoicas, parece haber sido su única filosofía» (M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, ed. cit., tomo II, pág. 876).

(187) P. ARBELET, *Trois solitaires (Courier-Stendhal-Mérimée)*, ed. cit., pág. 234.

(188) A. W. RAITT, *Prosper Mérimée*, ed. cit., pág. 359.

(189) P. MÉRIMÉE, “Carta a la Marquesa de la Rochejaquelein, de 18 de septiembre de 1859”, en *Correspondance Générale*, ed. cit., Deuxième Série, Tomo III, págs. 255-257.